

DIARIO DE CLAIRVAUX (CLARAVAL)

Por Michael Brown

30-31 Mayo 2005

La jornada que empezó ayer aún no ha terminado. Salimos de Louisville por la tarde en el vuelo corto a Cincinnati y a continuación enlazamos con el vuelo de ocho horas a París. Sobrevolamos el este Nueva Inglaterra, el sur de Terranova y Nueva Escocia. Finalmente, también sobrevolamos cerca de Cork, en Irlanda, de donde la familia de mi abuelo materno era originaria.

Tras aterrizar en París pudimos localizar enseguida nuestro equipaje y el control de aduanas fue muy rápido. El Charles de Gaulle es un gran aeropuerto internacional; allí transitaba gente de todo el mundo y muchos vestían la indumentaria típica de su país. Sin embargo, la presencia de los soldados que patrullaban el aeropuerto con sus ametralladoras resultaba inquietante. Mi acompañante y yo nos dirigimos al punto acordado con nuestros contactos franceses para que nos recogieran, y como se retrasaban, empezamos a sentir cierta inquietud. Finalmente, mi amigo descubrió cómo usar el sistema telefónico francés y nos comunicamos con nuestros anfitriones. A pesar de la barrera del idioma, pudo indicarles dónde estábamos y pronto apareció nuestro chofer.

Nos pusimos en ruta. Nuestro destino era una pequeña ciudad histórica llamada **Clairvaux (Claraval)**. Fue allí donde San Bernardo fundó un monasterio en 1115.

El monasterio prosperó de forma ininterrumpida hasta que tras la Revolución Francesa Napoleón lo convirtió en una prisión. Hoy día sigue siendo una cárcel de máxima seguridad, aunque parte de las antiguas ruinas se pueden visitar.

El municipio de **Claraval** está a unas dos horas y media de coche, hacia el sudeste de París.

Cuando salimos del aeropuerto con nuestro conductor y dos amigos de Iowa tuvimos la sensación de sentirnos como en cualquier parte de América. El tráfico en la

autopista era muy denso. Finalmente, dejamos atrás la ciudad y nos adentramos en el campo.

El paisaje era muy bonito y apenas vimos nada de comercialismo, tan habitual en las carreteras de América. Me encontraba gratamente aturdido. Según pasaban las millas me iba dando cuenta de que por fin estaba en Francia. En mi mente estábamos en la mitad de la noche, pero en Francia ya era un nuevo día. Hay seis horas de diferencia.

Tras lo que parecía ser un viaje interminable, nos desviamos de la autopista y comenzamos a atravesar pequeños pueblos. Pronto llegamos a **Claraval**, donde teníamos programadas casi todas las actividades de nuestro Encuentro.

Paramos en un sitio llamado "**La Grange**".

"**Grange**" es una palabra francesa que significa "granero". Estos "graneros" se construyeron en tiempos de San Bernardo. Según crecía y prosperaba el monasterio, los campos donde trabajaban los hermanos legos estaban cada vez más lejos. Tan lejos, que muchas veces a los hermanos no les daba tiempo a regresar al final de la jornada. Los "graneros" se construyeron como lugares donde los hermanos legos podían pernoctar y quedarse hasta que pudieran regresar al monasterio.

Nuestras reuniones, comidas y oraciones tendrían lugar en estos "graneros". Había además otro edificio con capilla y diversas prestaciones.

Recé en silencio para estar abierto al Espíritu durante toda mi estancia en Francia y para que la presencia de Dios durante el Encuentro me invadiera.

Finalmente, tras una larga jornada, a mi compañero y a mí nos llevaron a nuestras habitaciones, que estaban en otro pequeño pueblo llamado **Champinol** y nos alojaron en un edificio que alberga a los recolectores de uva temporeros durante la temporada de cosecha. Más tarde supe que estábamos en Borgoña, el corazón del país del vino y del champán. Nuestra habitación era muy sencilla. Además, deberíamos compartir las instalaciones con otros participantes (hombres y mujeres). Allí todo el mundo hablaba en inglés.

1 Junio 2005

En cuanto me acosté anoche me quedé dormido. Una hora después, más o menos, me desperté súbitamente sin saber dónde estaba. Me sentía muy desorientado. El desfase horario, el cansancio, la diferente cultura y el alojamiento tan sencillo de repente me parecían abrumadores. Me estresaba el hecho de encontrarme tan lejos de casa y sin que nadie supiera dónde estaba, incluyéndome yo. Me incorporé varias veces y miré por la ventana tratando de calmarme. Me decía: “en la que me he metido”. La semana que tenía por delante me pareció una eternidad. Sentí nostalgia y pensé en mi mujer, mis hijos y mi nieta. Nos separaba un océano y yo me sentía muy solo. Pero ya no había vuelta atrás. Permanecí despierto en la cama, rezando. Por fin pude quedarme profundamente dormido durante el resto de la noche.

Cuando me desperté me sentía muy bien. Estaba descansado y ya no tenía ansiedad. Después de ducharme y vestirme, me di una vuelta por el pueblecito (Champinot). Encontré una pequeña panadería, pero estaba cerrada. El pueblo me recordaba todas las películas de la Segunda Guerra Mundial que había visto. No se parece en nada al barrio en que vivo en Estados Unidos.

Los franceses saben comer bien. Nos ponen vino en todas las comidas excepto en el desayuno y el pan está siempre presente. Las comidas son a base de cocina francesa campestre y tienen un sabor fabuloso. Me he acostumbrado a no repetir ya que normalmente suele haber un segundo plato. Debo controlarme con la comida y especialmente con el vino.

Hoy tuve dos ocasiones para caminar. Mi paseo matutino lo hice a lo largo de la carretera y los prados de detrás de **La Grange** hasta el bosque. Fue un paseo corto pero muy agradable. Visité el manantial de San Malaquías. Los campos estaban llenos de amapolas rojas y me sentía como Dorothy en la historia del Mago de Oz. Esta caminata la hice con un pequeño grupo de otros laicos cistercienses. Llegamos a un lugar sombreado desde donde podíamos contemplar el pueblo y las ruinas del monasterio; allí hice una lectura de los escritos de San Bernardo. Parecía lo más apropiado ya que estábamos en su tierra.

Por la tarde hicimos una excursión mucho más larga hasta un lugar llamado Fuente de San Bernardo. Está a varias millas del pueblo y el autocar nos dejó cerca de la fuente. Lo que no sabíamos en ese momento es que nos iba a dejar allí tirados y que tendríamos que volver a **Champinol** a pie. Anduvimos por un camino hasta llegar a la fuente, que en realidad es un manantial. Cuenta la leyenda que San Bernardo iba allí a rezar y meditar.

Después de visitar el manantial, nos dispusimos a atravesar el bosque caminando de regreso al pueblo. Esto resultó peor de lo que habíamos previsto. Nos ayudábamos unos a otros mientras atravesábamos con cautela verdaderos lodazales, subiendo y bajando por aquellos cerros. El bosque era muy bonito, casi mágico. Parecía que íbamos a ver gnomos asomándose detrás de los árboles. El mismo San Bernardo dijo: “No necesito libros. Los campos, los bosques y los arroyos me enseñan todo”.

Uno de mis compañeros comparó lo mucho que San Bernardo se parecía a Henry David Thoreau en su actitud hacia la naturaleza. Una o dos horas más tarde, llegamos a una colina que dominaba el pueblo (**Champinol**) y las ruinas de la Abadía de Claraval. Una estatua muy grande de San Bernardo domina la Abadía. Nos sentamos allí un rato antes de bajar la colina y llegar al pueblo.

Volví al “Granero” cansado pero contento. Fue una bonita excursión que también le vino bien a mi azúcar en la sangre, a pesar del pan francés y todos los platos que comí.

Poco después de nuestro regreso empezaron a llegar otros participantes del mundo entero. Había gente de Estados Unidos, Francia, Polonia, Holanda, Bélgica, Camerún, Irlanda, Suiza, Chile, España, Indonesia, Italia y Nueva Zelanda. Fue genial estar entre tanta gente de diferentes países.

Regreso a mi habitación, muy cansado, pero contento por haber venido.

Por la mañana temprano conseguí enviar un correo electrónico a mi mujer. Fue toda una hazaña. El servicio de Internet aquí es débil y además estaba usando un teclado francés que está configurado de manera diferente a mi teclado de casa.

Gramaticalmente hablando, ha sido el peor email que jamás haya enviado. La buena noticia es que le llegó a mi mujer y todos supieron que me encontraba bien y yo que en casa no había novedad.

2 Junio 2005

Esta noche dormí bien, pero me he levantado con dolor de garganta y síntomas de resfriado. Además, creo que estoy comiendo tanto pan que está afectando a mi glucosa. Estoy de mal humor y no me encuentro bien. Hoy se presenta un día largo.

Después de levantarnos, mis compañeros y yo fuimos andando hasta la parada del autobús que nos llevaría desde **Champinol** a **La Grange** para asistir a las reuniones de hoy. En el trayecto paramos para recoger a los participantes de habla hispana que se hospedan en otra instalación. Forman un grupo muy afable. Hoy ha sido un día tranquilo. Empezó con una oración matutina en común, seguida del desayuno. A las 10 tuvimos una misa con el obispo de la diócesis. Nos animó a que cuando volviéramos a nuestras casas fuéramos luces para el mundo.

A lo largo del día mantuve unas conversaciones maravillosas con todo tipo de personas. Al vivir e interactuar dentro de un grupo internacional me doy cuenta de que somos muy parecidos, a la vez que muy diferentes. Pero las diferencias no nos dividen. Más bien, la diversidad le da mucha textura y sabor al grupo. A pesar del idioma y las diferencias culturales, somos uno en nuestro viaje espiritual. Hablamos el lenguaje común del corazón.

A primera hora de la tarde, como no me encontraba bien y tenía algo de tiempo libre, decidí dormir una pequeña siesta en un cómodo sillón que encontré en un rincón tranquilo. Cuando me desperté, el sol calentaba y me sentía aturdido. El calor del sol me pareció maravilloso.

Las mañanas son muy frías y algo húmedas. Los días son cálidos, pero no calurosos. Esta amplia variación de temperaturas es probablemente la razón por la que estoy enfermo.

La gente de aquí toma su café en cuencos y con leche caliente en vez de crema. Al principio esto me parecía raro, pero después me di cuenta de que el café caliente en

los tazones es un estupendo calentador de manos, y me pareció una excelente idea bebérmelo así.

Cuando me desperté de la siesta me dirigí a la capilla, en el edificio principal de **La Grange**. Permanecí sentado y disfruté de la presencia de Dios. Recé por todos mis hermanos laicos cistercienses de Getsemaní. Al caer la tarde nos impartió una conferencia el Abad de **Cîteaux**, Dom Olivier. Hoy ha sido un día tranquilo, pero estoy muy cansado. Probablemente aún no he acabado de recuperarme del viaje ni de las seis horas de sueño que perdí durante el vuelo. La noche pasada dormí bien y espero hacerlo también hoy. Seguro que mi CD de canto monástico me ayudará a quedarme dormido plácidamente. El ritmo frenético de mi vida normal y el largo viaje hasta aquí quedan temporalmente atrás. Esta noche soñaré inmerso en la tranquilidad de un pequeño pueblo de la campiña francesa.

3 Junio 2005

Hoy ha sido un día complicado. Tengo un fuerte resfriado y he estado continuamente sonándome y limpiándome la nariz. Hizo calor. Por la tarde se formaron nubes de tormenta y se levantó un fuerte viento. Empezó a lloviznar. Encontré refugio en un sitio apartado y permanecí un par de horas en silencio mientras llovía. Fue uno de mis mejores momentos desde que llegué. Al final del día, el autobús me trajo de regreso a mi "Granero". En mi habitación encontré paz y serenidad. Dormí profundamente. Poco a poco me voy adaptando a este ritmo de vida. Por la tarde Paco Ambrosetti nos dio una conferencia. Es un laico cisterciense del monasterio del Holy Spirit (Espíritu Santo), en Georgia.

4 Junio 2005

Me desperté a las 3 de la madrugada. Me preparé para volver a **Clairvaux** en el autocar para rezar las Vigilias de las 4 de la mañana.

Debido a las limitaciones de plazas del autobús solo hay sitio para llevar a un pequeño grupo. Hoy es el primer día que he ido. Ha sido una experiencia de oración

muy tranquila. El canto fue en francés y lo dirigió el Padre Bernard, hombre sosegado y con muy buena voz. Pertenece a la Abadía de **Citoux**. El viaje hasta aquí a través de la oscura campiña y el levantarme tan temprano me han dado una apreciación diferente de este lugar.

Después de Vigilias, bajamos ordenadamente a desayunar en silencio café con pan. El comedor tiene una gran chimenea que estaba encendida. Me senté cómodamente frente al fuego reconfortado con el café y el pan. Fue un gran momento, lleno de gracia. Después de desayunar nos trajeron de regreso a **Champinol**.

Uno de mis compañeros y yo decidimos dar un paseo matutino por los alrededores del pueblo para visitar una ermita románica del siglo IX abandonada. Disfrutamos andando por las estrechas calles y por los prados. Estaba amaneciendo.

El canto de los gallos y los chillidos de los pavos reales llenaban el aire de la mañana, que era fresco y agradable.

La capilla románica se asienta en una pequeña colina y aunque estaba cerrada, pudimos ver parte del interior de la iglesia. Fue como retroceder en el tiempo a la Edad Media. A medida que se levantaba el sol las vidrieras se llenaban de color. Poco después encontramos un banco de piedra y nos sentamos un rato para contemplar la hermosa mañana francesa.

Por la mañana hago una breve presentación de mi grupo de Getsemaní. El horario ya estaba retrasado y no disponía de mucho tiempo. Tuve que hablar despacio para facilitar la traducción simultánea al francés y al español. Ya es mediodía y me encuentro cansado.

Todos los participantes rezamos y comemos juntos. A lo largo del día nos reunimos en grupos pequeños para tratar sobre temas concretos y también para poder conversar entre nosotros. Probablemente charlemos más de lo que normalmente hacen los contemplativos.

Por naturaleza solemos ser gente silenciosa y puede que esta interacción sea buena y necesaria, pero para un tipo introvertido como yo puede resultar exhaustiva. Mis mejores partes del día son los momentos tranquilos y contemplativos que paso en el

campo o en otros lugares apartados. Me encuentro muy feliz inmerso en mi silencio y en mi soledad. Estoy seguro de que la mayoría, si no todos los participantes sienten lo mismo.

Ahora me voy a mi escondite secreto a dormir la siesta. Necesito descansar porque mi resfriado me está matando.

Esta tarde nos dará una conferencia Denyse Guerber sobre a Regla de San Benito. Es una de las anfitrionas locales que ha coordinado muchas actividades de la semana.

5 Junio 2005

Hoy también me he levantado a las tres. He dormido profundamente y puedo repetir las Vigilias. Como es domingo hoy son más largas. Para el común de los mortales la idea de levantarse a esta hora para rezar no es muy atractiva. Debo admitir que en mi vida cotidiana tampoco lo hago, pero cuando estoy en un monasterio siempre procuro asistir. Uno pronto se da cuenta de que puede ser, y casi siempre lo es, el mejor momento del día.

La noche está oscura y tranquila. Aún no ha clareado. Pronto, sin embargo, amanecerá sobre los campos y la oscuridad se transformará en luz del día. Podré ver cómo despunta el sol.

A pesar de la lentitud de la semana, el tiempo pasa volando. Solo dispongo de dos días antes de emprender mi largo viaje de vuelta el miércoles. Mañana visitaremos las ruinas de la Abadía de Claraval.

Nos ha llegado la noticia de que el padre Basil Pennington ha fallecido a causa del accidente automovilístico que sufrió hace algunos meses. Estoy muy triste. El padre Basil era desde hace mucho tiempo monje, escritor y maestro espiritual. Empecé a leer sus libros en los años ochenta y ha ejercido una gran influencia sobre mí. Pude conocerle en la Abadía de Genesee en Nueva York y le volví a ver en otro Encuentro Internacional en 2002 en el monasterio del Espíritu Santo (Holy Spirit), en Georgia. También estuvo en la consagración del padre Damien como Abad de Getsemaní. En mi despacho de casa tengo una foto de los dos. No soy bajo, pero el P. Basil me eclipsa en

la imagen. Era un hombre grande, medía unos dos metros, y en muchos sentidos, era más grande que la vida misma. Es una gran pérdida para la comunidad monástica y para el mundo, aunque sólo soy una de las miles de personas que probablemente él conociera. Siento una sensación de pérdida personal con su fallecimiento. Era gran amigo de los laicos cistercienses.

6 Junio 2005

Esta noche he dormido hasta las cinco. Prefiero ducharme por la noche mejor que por la mañana pues los servicios los compartimos cuatro hombres y cinco mujeres y como es lógico las mañanas suelen ser apoteósicas. Una vez levantado, me apresuro para estar listo cuanto antes y si me sobra algo de tiempo suelo tumbarme en mi cama y oír algo de música. Pronto será la hora de tomar el autobús para **Claraval**.

Chispeaba y el cielo estaba encapotado. Los trayectos de ida y vuelta a **Claraval** constituyen mis mejores momentos del día. Otro de mis momentos favoritos es cuando puedo sentarme frente al fuego y escribir en mi diario. Como he estado resfriado casi toda la semana el calor del fuego me reconforta.

Hemos terminado los rezos de la mañana y casi todo el mundo está desayunando. A las nueve tenemos programada una reunión para sugerir el lugar del próximo Encuentro Internacional. Hasta ahora ha habido ya tres Encuentros. El primero fue en Chile, el segundo en Estados Unidos y ahora en Francia. Lo más probable es que repitamos en otro país de habla hispana. También se comentó que hay un gran número de laicos cistercienses en África que no pudieron costearse el viaje a Francia. Se habló de organizar el encuentro allí para que fuera más fácil y menos caro para los africanos que quisieran participar. El problema para cualquier Encuentro es encontrar un sitio donde se puedan alojar cien personas o más. La mayoría de los entornos monásticos no pueden hospedar a grupos tan grandes.

Mañana será el último día que pasaré en Francia. Estoy listo para volver a casa. He estado totalmente aislado de mi vida normal durante la última semana. No he escuchado noticias ni tengo idea de ninguna novedad fuera de este pequeño pueblo.

Cada día me acuerdo más de mi mujer, de mis hijos y de mi nieta, y esto me mantiene en contacto con mi realidad.

Regresar a Estados Unidos será un choque cultural mayor que mi llegada a la campiña francesa. Aunque eché de menos algunas comodidades de casa me adapté rápidamente al ritmo de vida francés de esta zona rural. A pesar de que soy americano, hay muchas cosas de la cultura estadounidense que me resultan difíciles de entender.

Es en los momentos tranquilos aquí donde más he experimentado la paz de Dios.

Las reuniones en grupos y las conversaciones frecuentes, incluso con otras personas espirituales, me resultan agotadoras. Creo que es por el esfuerzo que tengo que hacer para entender todas las traducciones. Requiere una gran concentración mental. En cuanto tengo ocasión, me escabullo para sentarme y estar solo y en silencio. Esta mañana tuvimos una maravillosa misa trilingüe, en francés, español e inglés. Yo hice una de las lecturas en inglés. La preparación fue laboriosa. Me habían pedido que formara parte de un comité de planificación litúrgica. Éramos seis personas para los tres idiomas.

Antes de terminar la misa ofrecimos oraciones de acción de gracias en los idiomas representados por todos los participantes. Estas plegarias me recordaron la universalidad de la Iglesia.

Durante la comida de hoy me senté con un grupo de gente maravillosa. Eran de Francia, Irlanda, Polonia y Estados Unidos y la conversación fue estimulante. Como el día era húmedo y lluvioso, el vino nos entonaba.

Esta tarde tengo prevista una reunión con el Abad General. Es un hombre muy amable y tiene un gran sentido del humor. Ayer le di una nota para entregar a un amigo común en Roma, donde se encuentran las oficinas de la Orden Cisterciense del mundo entero.

Esta tarde fuimos a visitar las ruinas de la Abadía de **Claraval**. Nada más llegar, una señora irlandesa de nuestro grupo se desmayó. Por suerte otro miembro del grupo era médico. A la señora se la llevaron en una ambulancia al hospital. Resultó que era diabética y no lo sabía.

Las ruinas de la abadía nos resultaron interesantes. A veces cerraba los ojos e imaginaba a todos los monjes y hermanos legos de antaño. Pensé en las historias que pudieron ocurrir justo donde yo estaba. Parte del antiguo monasterio es ahora una cárcel de máxima seguridad. Me han dicho que algunos de los peores criminales de Francia están en esta prisión. Sin embargo, no vi ni rastro de ellos y nunca me sentí inseguro.

El monasterio fue fundado por San Bernardo en 1115. Cuando murió, los cistercienses se habían expandido por toda Europa. Fundaron 352 abadías, 169 de ellas afiliadas a **Claraval**. La Abadía de Claraval fue suprimida durante la Revolución Francesa y Napoleón la convirtió en prisión.

7 Junio 2005

Hoy hemos visitado la Abadía de **Citeaux**.

Fue aquí en el año 1098 donde un pequeño grupo de monjes inició lo que se ha convertido en la Orden del Císter.

Nuestros anfitriones nos han organizado una bonita excursión en autobús. El trayecto desde **Claraval** a **Citeaux** dura dos horas. Está hacia el sur, cerca de la ciudad de **Dijon**. Fue un viaje ameno. Lo iniciamos con las primeras luces del día.

Cuando llegamos, el abad del monasterio, un hombre encantador que conocí días antes en **Claraval** nos recibió en la puerta del monasterio. Poco después de nuestra llegada nos reunimos en la iglesia para asistir a una ceremonia de bienvenida. Fue muy emocionante. Doce miembros de nuestro grupo, que representaban el número de los apóstoles, habían sido elegidos de antemano para una ceremonia de lavado de pies, que fue realizada por el abad.

Después tuvimos tiempo libre y muchos entramos en la tienda de souvenirs. A media mañana asistimos a misa con toda la comunidad monástica. Me sentí muy privilegiado por estar en **Citeaux** y poder compartir los rezos con los monjes. Esta abadía está considerada como la Casa Madre de todos los monasterios cistercienses del mundo. Forma parte de la Historia.

Al acabar la misa nos reunimos en un comedor para hacer un “picnic” francés, a base de vino, queso, huevos, manzanas y la más exquisita tarta de frutas, hecha por uno de los monjes. Por la tarde visitamos algunas zonas de la abadía que se remontaban a la Revolución Francesa. También conocí al obispo de la diócesis. Cuando me presenté y le dije que era de Kentucky me respondió con una sola palabra: “chicken” (pollo).

Al final del día rezamos Vísperas con los monjes antes de tomar nuestro autobús para regresar a **Claraval**. Todos nos acostamos cansados y contentos, tarareando los cantos de los monjes franceses de **Citeaux**.

8 Junio 2005

Hoy ha sido un día estresante. Nos sacaron de la cama a las 3 de la mañana para hacer el equipaje y desayunar ligeramente en **Claraval** antes de iniciar nuestro viaje de dos horas y media hasta el aeropuerto de Charles de Gaulle en París.

Nuestros anfitriones franceses nos despidieron calurosamente. Tomamos nuestro café con pan junto a la magnífica chimenea de **La Grange**. Después hubo muchos abrazos y besos. A este cálido adiós le siguió una gran confusión para saber en qué autobús tenía que subir cada uno para llegar al destino correcto.

Después de colocar nuestro equipaje dos o tres veces, por fin nos pusimos en ruta para nuestro largo trayecto. Fue un viaje agradable. Miré por la ventanilla y me empapé por última vez de la belleza de la campiña francesa.

Llegamos al aeropuerto con bastante antelación. Dios nos sonrió y realizamos nuestro vuelo sin apenas contratiempos. Las ocho horas que duró no fueron muy malas.

Cuando aterrizamos en Cincinnati sentí que ya estaba en casa. En cuanto desembarqué pude sentir el calor y la humedad. El vuelo de Cincinnati a Louisville fue breve y agradable. Mi mujer nos estaba esperando en el aeropuerto para recogernos a mi acompañante y a mí.

Fue genial estar de regreso en la ciudad donde vivo. Pronto volví a la comodidad de mi hogar, a sentarme en mi silla favorita.... Había sido un viaje y una experiencia maravillosa, ¡pero no hay lugar como el hogar!

Estaré reflexionando un tiempo sobre este viaje y su significado, no solo para mí mismo, sino también para todos los laicos cistercienses.

¿A dónde nos llevará ahora el Espíritu Santo?

Michael Brown

Laico Cisterciense de Getsemaní

Junio 2005